



S
U
M
A
R
I
O

La fiesta del estudiante.—La separación de la Iglesia y el Estado, por Isidro Conde.—Lucerna lucens, por Andrés Lago Cizur.—Oriente (grabado), por Ventura de Dios López (Turas).—Orientaciones antilaicistas fuera de España, por Antonio López de Santa Anna.—La hegemonía de España en América, por Lorenzo López de Rego y García.—Siluetas: La religiosidad de Beethoven, por Ernesto Prieto.—Todo viejo y siempre nuevo, por Federico Terrer de la Riva.—El elogio de los zuecos, por José Antonio Ochaita.—Alma de estudiante, por Eduardo Conde.—Crónica.—El valor espiritual del cine, por Joaquín Florit.—El origen de los gases asfixiantes, por Lino González Rubido.

Grabados: Ventura de Dios López (Turas), Ernesto Prieto, Isidro Conde, José Trillo Figueroa y Lino González Rubido.

Director: Ramón F. Fernández.

Redacción y Administración: Quintana, 1.-2.º

Santiago

Marzo

1936

C.

SUCESORES DE GALÍ

LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA, CIENTÍFICA Y
LITERARIA - LIBROS DE TEXTO DE TODAS LAS FACULTADES
CASA FUNDADA EN 1872

Rúa del Villar, 66

SANTIAGO

JESÚS RAPOSO RIVADULLA

GRAN FÁBRICA DE CHOCOLATES
TORREFACCIÓN DE CAFÉS
IMPORTADOR DE YERBA MATE

Casas Reales, 21 Teléf. 1400
SANTIAGO

“LA VASCONGADA” RAMON ARA PARDO

CONFITERIA Y PASTELERIA. Bombones
y Caramelos de las marcas más acreditadas.

CASA ESPECIAL en Objetos de Fantasía
propios para Regalos.

Preguntoiro, 7 - Toral, 10 - Teléfono 1319
SANTIAGO

JEREZ - COÑAC Y CHAMPAN

ANIS DULCE Y SECO - LICOR CREMA DE LIMA

PEDRO DOMECCQ

CASA FUNDADA EN 1730

AGENTE EXCLUSIVO EN

MADRID, LA CORUÑA, LUGO, ORENSE, PONTEVEDRA
Y PORTUGAL

HORACIO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

Dirección Telegráfica y Telefónica: **HORACIO**
TELÉFONO 11.183

A. Torrado

**MEDIAS
MUY BARATAS**

Preguntoiro, 29 Santiago

J. BUJÁN

CIRUJANO-CALLISTA

HORAS: De 10 a 2 y de 3 a 6
Festivos de 10 a 2

Rúa del Villar, 68 - 1.º

**Sanatorio Neuropático
del Dr. Lois Asorey**

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES
NERVIOSAS Y MENTALES

De la Beneficencia Municipal de Madrid
por oposición

SANTIAGO DE COMPOSTELA

Ramírez, 3 Teléf. 1541

ADQUIERA EN LA

**LIBRERÍA
GONZÁLEZ**

TODOS LOS TEXTOS Y OBRAS
DE CONSULTA QUE V. NECE-
SITE, PUES EN ELLA ENCON-
TRARÁ UN GRAN SURTIDO.

46 - RUA DEL VILLAR - 46

MOSQUERA

GÉNEROS DE PUNTO - PARAGUAS
PERFUMERÍA - CONFECCIONES
CAMISERÍA - ARTÍCULOS DE VIAJE

PREGUNTOIRO, 21

Teléfono 1127 - SECCIÓN DE CALZADOS - Preguntoiro, 19

CONFITERIA - Y - PASTELERIA

CASA MORA

SIEMPRE LA PREFERIDA
POR EL PÚBLICO INTELIGENTE

**CONSERVAS
RÁBAGO**

LA PUEBLA DEL
CARAMIÑAL

LA GANGA

GENEROS DE PUNTO - Confecciones
ARTICULOS PARA CABALLERO
El mejor surtido en CAMISERÍA
Calcetines *CESAR*, irrompibles

Calderería, 57 (Antes LA BULLA)

LA NORMA

Mercería y Novedades

BAUTIZADOS

SÁNCHEZ HARGUINDEY

Médico-Dentista

Toral, 10 - 1.º SANTIAGO

Colegio - Academia Santiago

Residencia de Estudiantes Universitarios

1.ª ENSEÑANZA GRADUADA

2.ª ENSEÑANZA OFICIAL Y LIBRE

Virgen de la Cerca, 15 y 16

Teléfono 1137

SANTIAGO

J. GAMALLO

SECCIONES DE VENTA:

Cirugía — Relojería — Electricidad

Ortopedia — Optica científica

Fotografía

FUNDADA EN 1890

Huérfanas, 1

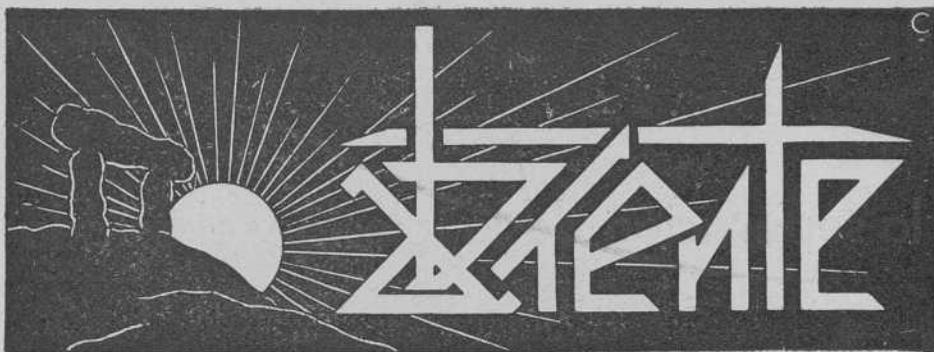
BENEDICTO G. FERNANDEZ

MEDICO - DENTISTA

Horas de Consulta:

DE 10 A 1 Y DE 4 A 7

Rúa del Villar, 57-1.º



la fiesta del estudiante

España es un conjunto de tradiciones que se funden en el crisol de la historia y forman con ella el intangible aletear de su propio espíritu. No es nada el mañana sin el ayer, ni el hoy será nada sin volver la vista hacia atrás en busca de ideales, ni hacia adelante en busca de ilimitados horizontes. Toda nuestra grandeza de hoy ha de estar unida al pasado por el hilo inconsútil de la tradición histórica y unida también al pretérito por ese mismo hilo que inicia en el pasado su vida.

Por eso la primera significación que queremos señalar en la fiesta del estudiante es su fuerte carácter tradicional e histórico. Hoy la Universidad —por la centralización absorbente, consecuencia inmediata de la Universidad napoleónica— perdió toda la vida propia de que gozaba en otros tiempos para convertir su maternidad calurosa y cordial —«alma mater»— en la rutina oficial de la burocracia. Su viejo espíritu —universitas: universalidad— se ha perdido en azares de partidismo exclusivista. Le faltan alas para volar y voluntad para crear esas alas. De ahí que se vuelva la vista al pasado y se busque en la fiesta de Santo Tomás —¿catolicidad?... ¿Verdad, maestro Unamuno, que esta palabra es expresión rotunda de esa universalidad que usted hacía carne y vida de Universidad?— el hilo que sirva de enlace al ayer con el hoy.

¿Podía ser otro día la fiesta? ¿La apertura de curso como pensaban algunos? No. La apertura de curso podía ser algo cuando la Universidad era «ayuntamiento de profesores y alumnos» en cordial e íntimo concurso «de aprender los saberes». Porque entonces el galardón al estudiante distinguido y la soberanía de la cátedra —alma, a nuestro entender, de la apertura— eran el acto cumbre de la vida académica. Pero hoy ha variado en absoluto el panorama. «De lo que había nacido al lado de los monasterios, enriquecido con las donaciones de los prelados, no queda más que una oficina burocrática, apta para expedir papeletas de examen». Y a esta oficina burocrática no se le puede pedir una fiesta oficial que tenga la jerarquía máxima de las fiestas tradicionales que son corazón y alma. Lo contrario que burocracia.

¿Soberanía de la cátedra? Pudiera serlo la apertura de curso cuando la Universidad se formaba a base de profesores y alumnos. Pero no cuando se hizo desaparecer de la vida universitaria a los estudiantes desconociendo que eran razón de ser y base fundamental de estos centros. Por eso la fiesta del estudiante pudiera llamarse de otra manera para no caer también en el particularismo que enumeramos. Su nombre único debiera haber sido, Fiesta de la Universidad, porque es eso y nada más que eso: exaltación de la Universidad, como síntesis estrecha y comunión íntima de escolares y maestros en ese anhelo también único: el anhelo de la cultura. No eran otra cosa nuestras viejas universidades, que si tenían sus defectos debieron evitarse con alguna reforma cauta y prudente y no rompiendo de un golpe con la tradición y anulando de un plumazo una labor de siglos. Y lo que es peor todavía: haciendo perder a la Universidad su verdadero espíritu... Una reacción contra eso es lo que significa la fiesta que comentamos.

La fiesta del estudiante: tradición, historia, renacimiento espléndido de un espíritu grande, ansia innovadora —renovadora— de los ingentes principios que dieron sople de inspiración a nuestro pasado y alentarán las gestas vigorosas del porvenir. Emocionado recuerdo al ayer y viril aliento para el mañana.

la separación de la iglesia y el estado

POR ISIDRO CONDE

En el discurso que el día 8 de septiembre de 1924 dirigió el Pontífice actual S. S. Pío XI a los Estudiantes Universitarios de la Acción Católica Italiana, encontramos las siguientes palabras: «Cuando la política llega al altar, entonces la Iglesia, y el Papa que la representa, tiene no solamente el derecho, sino el deber, de dar indicaciones y orientaciones que las almas católicas tienen el derecho de pedir y el deber de seguir».

En contra de esta egregia doctrina, todos los partidos que tienen por base las viejas y fracasadas teorías liberales niegan a la Iglesia toda autoridad en materia política. Podrá —según ellas— enseñar y dogmatizar en materia puramente religiosa, pero nunca podrá introducirse en los terrenos que atañen a la política. A lo que nosotros podemos objetar, juntamente con Monseñor Civaradi, que debemos diferenciar entre lo que es distinción y lo que es separación. Entre la Iglesia y la política hay siempre algo que las distingue, algo que las diferencia, pero nunca y con ningún motivo, deberá haber separación.

Para probar la diferencia que existe entre ambas, bástenos decir que no tenemos más remedio que reconocer que hay una falta de identidad entre la religión y la política ya que cada una, además de tener una naturaleza propia, se dirige a fines completamente distintos: mientras la primera se encamina al logro del bienestar espiritual de cada uno de sus miembros, la segunda tiene por fero el bienestar temporal de cada uno de los ciudadanos de una nación. Por eso la Iglesia y el Estado deben mutuamente considerarse como soberanos e independientes.

Pero como separación no consiste en la falta de identidad, sino en la falta de unidad física y moral, aunque la Iglesia y el Estado se consideren independientes, no por esto se encuentran desligados y por lo tanto, no podemos admitir su separación.

Si estudiamos con algún detenimiento cuanto nos rodea, observamos que en la naturaleza misma puede ocurrir, y ocurre con relativa frecuencia, que dos cosas pueden ser completamente distintas entre sí,

sin estar por esto separadas: uno de los elementos más importantes de la creación, como es el agua, está constituido por la combinación de dos gases tan distintos entre sí como son el oxígeno y el hidrógeno que sin embargo no están separados, hasta el punto de que si los disociamos por medio de la corriente eléctrica, el agua pierde su primitivo estado y desaparece para dar paso a los dos gases que la componen.

Y así decimos que la Iglesia y el Estado no pueden estar separados porque la autoridad del Romano Pontífice, que le fué conferida por el mismo Jesucristo, no puede ser extraña en parte alguna del mundo; porque el reconocimiento de la autoridad divina de Jesucristo no puede impedir o mermar el reconocimiento de las legítimas autoridades; porque el poder espiritual y sobrenatural no puede estar en oposición con el del Estado, «oposición que sólo puede subsistir por la malicia de quienes la desean y quieren, por saber bien que, sin su Pastor, se descarriarían las ovejas y vendrían a ser más fácilmente presa de los falsos pastores».

Pero, aun tenemos otras razones para decir que entre la Iglesia y el Estado no debe nunca existir separación, pues así como encontramos una parte de la política —y es la que podemos llamar técnica—, que nada tiene que ver ni con la religión ni con la moral, del mismo modo existe otra parte de la misma que toca necesariamente asuntos morales y religiosos, y en esta parte de la política, que roza tan delicadas cuestiones, es en la que debe influir de una manera decisiva con su orientación y sus consejos, la Iglesia Católica.

Resumen y consecuencia de esto son las palabras de la Encíclica *Libertas*: cuando un gobierno no reconozca el derecho y el deber que tiene la Iglesia de dirigir los asuntos político-morales y religiosos de una nación o «le arrebatase la libertad debida, es justo procurar al Estado otra organización, con la cual se pueda obrar libremente, porque entonces no se pretende aquella libertad inmoderada y viciosa, sino que se busca algún alivio para el bien común de todos».

Lucerna lucens

POR ANDRÉS LAGO CIZUR

No se conoce un Doctor que, como Santo Tomás de Aquino, haya escrito más y mejor en menos tiempo de vida. El recorrió, con mano firme y segura planta, todos los grados de la sabiduría. Fué un sabio universal.

¿Quieres verlo filósofo? Avido de ciencia, y especialmente de lo que es madre de todas ellas, *scientia rerum per causas*, interroga a los sabios de la antigüedad, y el Pórtico y el Liceo le abren sus puertas; lee y aprende de memoria las principales obras de Aristóteles y Platón, de Anáxagoras y Demócrito; escudriña especialmente las ideas del Estagirita, lógicas metafísicas, éticas y políticas, ordenándolas y purgándolas con mirada de águila y criticismo insuperable.

¿Quieres verlo político? Ahí tienes en la *secunda secundae* de la Suma las lecciones más cabales sobre el Derecho Natural y el de Gentes. Grocio, Puffendorf, Cocceyo y Heineccio sólo escribían sobre estas materias cuando tomaban por guía al gran Aquino. Por eso decía muy bien un gran jurisconsulto del siglo XVI: *Thomas non minus theologis quam jurisperitis necessarius est*.

¿Quieres verlo naturalista? Deudas tuyas se confiesan la estática, la hidrostática, la óptica, la catóptrica, la perspectiva, la astronomía, la geometría, la geografía y la música. La Universidad de París se lo pide, y Tomás escribe un tratado sobre acueductos y máquinas para conducir aguas. Su teoría sobre los colores es tan ingeniosa y más sólida que la de Newton, y así ya lo reconocieron todos los admiradores del sabio inglés.

¿Quieres verlo apologeta? Pues ahí tienes la *Summa contra gentes*, inmensamente superior al «Apologeticum» de Tertuliano y sólo comparable con la «Ciudad de Dios» del gran Obispo de Hipona.

¿Quieres verlo exégeta? En su estupendo comentario sobre los Evangelios, en sus estudios de la Epístola de San Pablo y otros análogos le encontrarás, abriendo con llave de oro las puertas de los más profundos misterios.

¿Quieres verlo teólogo? ¡Ah!, si el Aquinate brilla como astro de primera magnitud en todas las ciencias, en la Teología

es un sol tan esplendoroso que ni la Escolástica, ni la Expositiva, ni la Mística, ni la Moral pueden exigir ni más lucidez, ni más orden, ni más penetración que las contenidas en la imponderable Suma Teológica. ¡La Suma! ¿Hay en el mundo un prodigio igual? La Suma, ese parto increíble del ingenio humano, monstruo de la sabiduría, aparece ante los sabios y maestros, y los sabios quedan suspensos, atónitos, como transportados a una región de ideas propias exclusivamente de los más excelsos ingenios.

Clemente de Alejandría había trazado en sus Stromata un sistema de ciencia cristiana que contrarrestara el gnosticismo herético. San Agustín, no menos genial que el de Aquino por su poder intuitivo y por su asombrosa facultad creadora, influyó en la ciencia sagrada como ningún otro sabio del primer milenio de nuestra era. Pero la obra del Alejandrino, si bien llenó su cometido circunstancial e histórico, resultaba incompleta como perpetuo baluarte de nuestra ideología y de nuestra polémica cultural. Por otra parte, la obra gigantesca del preclaro Obispo de Hipona acusaba defectos como instrumento didáctico de provecho universal, «siendo preciso, como afirma el Doctor Shahan, de la Universidad de Washington, para formar un juicio cabal del sistema de San Agustín, conocer todas sus obras; cuya prodigiosa extensión las hace inaccesibles a muchos estudiosos apremiados por ineludibles exigencias de tiempo y de trabajo». Faltaba, pues, una suma teológica que abarcase en un conjunto metódico y sin una lentitud excesiva todo el caudal preciso. Hacia esta meta dirigieron sus pasos, aunque infructuosos, hombres de ciencia como San Anselmo, Abelardo y Pedro Lombardo. Sólo a Santo Tomás fué dado ganarla con una perfección casi angélica: angélica por su clarividencia, por su comprensión, por su precisión sintética y admirable. «El sabio dominico, escribía no hace mucho y con frase feliz un docto capitular, triunfa por el contenido ideológico, por el vuelo de su corazón, que no dejó en el mundo especulativo reconditez no explorada, ni error que no derribasen sus

aletazos de águila. Ciérnese siempre en las regiones encalmadas el pensamiento, nunca enturbiadas por el vaho de la tierra y de las pasiones de los mortales. Ni aún cuando cae sobre el error y lo aprisiona y lo tritura, se altera la dulzura de su mirada y la serenidad de su frente...»

¿Quieres, por fin, verlo poeta? Alguna vez, sin duda, habrás saboreado, lector amable, la inefable dulzura de las estrofas dantescas, preciosa vestimenta en que se contiene y desenvuelve la Divina Comedia. Pues es al ángel de Aquino a quien Alighieri debió su inspiración. ¿Has leído los versos de Santo Tomás dedicados a enaltecer el augusto Sacramento del altar? Para mí tengo que los propios serafines, al compás de las cítaras de oro, hacen temblar conmovidas, las columnas del Cielo, al entonar los cantos que aprendieron del vate de la Eucaristía...

Se nascens dedit socium
convescens in edillum,
se moriens in pretium,
se regnans dat in praemium,

He aquí cuatro versos que valen, ellos solos, por millares de Homero y de Virgilio; escúchalos, repítelos, medítalos, y si tu corazón no se estremece a impulsos de la más pura conmoción, es porque pertenece al grupo de aquellos para quienes dijo el poeta:

En vosotros murió la poesía,
en vosotros murió la inspiración.

Pasma considerar que todo este enorme volumen de producción genial haya podido elaborarse en los veinticuatro o veinticinco años transcurridos desde 1248 o 49 (fechas probables de sus dos primeros opúsculos: *De principiis naturae* y *De ente et essentia*, que escribió en Colonia, al principio de su lectoría), hasta que en 1273 cuelga su pluma en Nápoles, tres meses antes de su muerte y dejando por terminar la *Summa Theológica* al empezar el tratado de la Penitencia, en la tercera parte: pasmo que no cede ni aun suponiendo, gratuitamente, que fuera de las horas estrictamente precisas para atender a su pobre refección y escaso sueño, dedicara todas las horas de su vida a la sola tarea de escribir o dictar, y dando al olvido que aun antes de ordenarse tuvo cátedra y en ella enseñó casi toda su vida, que preparaba con esmero sus lecciones, que los púlpitos soportaban muchas veces el peso de su sabiduría, que viajó por Europa, que fué observante

fiel de su santa Regla, y que dedicaba largo tiempo a la oración, postrado ante el Tabernáculo, ante el Tesoro escondido de la sabiduría y de la ciencia...

Grave, pero no adusto; silencioso, pero no misántropo; meditabundo, pero no taciturno; sabio, pero no presuntuoso; seguro, pero no inflado por su saber, fué el Doctor Angélico modelo acabado del Maestro, apto, consciente y enamorado de su nobilísima misión, con aquel su verbo limpio como agua de manantial, aquel su estilo sencillo como la belleza de un templo clásico, aquel su lenguaje nítido y transparente como cristal traslúcido, y tan parco, ajustado y preciso como el idioma exacto de las fórmulas matemáticas.

En teología las proposiciones de Santo Tomás tienen la rigidez y casi toda la firmeza del dogma, tan difícil de encontrarlas o siquiera apartarse de ellas sin caer en las sombras de la heterodoxia; por eso son tan escasas las tesis que otros genios católicos osaron distinguir o impugnar al Doctor Angélico. En filosofía dejó hecha, como un químico en su laboratorio, la síntesis definitiva del pensamiento aristotélico con la ciencia escolástica. Con él la Escolástica llega a su cúlmén, purificada en todo error panteísta y materialista, exonerada de todo gravamen embarazoso, hecha luz y fuerza para servir de instrumento el más apto de la filosofía. Es como el perihelio de la escuela, que ya apenas puede acercarse más a su centro de atracción, la verdad religiosa enseñada por la Revelación.

Bien se comprende así, lector benévolo, que el Aquinate fuera en vida consejero predilecto de los Pontífices, maestro predilecto de las aulas más famosas y árbitro predilecto de los sabios. Bien se comprende así que su nombre y sus obras se hayan inmortalizado a través de los siglos, cantando sus alabanzas todas las universidades, academias y liceos. De la Sorbona a Roma, de Milán a Friburgo, de Lille a Lovaina, de Lisboa a Salamanca, de Alcalá a Compostela, de Lima a la Habana, de Washington a San Luis y a Beyruth, no hay centro de cultura humana donde la fama, siete veces secular, del Ángel de Aquino no haya resonado con aires de triunfo insuperable, cantando sus méritos con frecuencia hombres doctos que no han tenido la dicha de nacer y formarse en el seno del catolicismo.



ORIENTE

por Ventura de Dios López (Turas)

orientaciones antilaicistas fuera de españa

POR ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANNA

II

Dejamos en el artículo anterior al anti-laicista pueblo norteamericano celebrando su gran fiesta nacional «Lhe Thanksgiving-day», el día de acción de gracias a Dios por los beneficios recibidos durante el año; señalemos ahora otros hechos, en que esa nación, materialmente gigante, es aún más grande por su definida orientación confesional.

Imagínos estar ante el suntuoso Parlamento de Washington. Es el día de la apertura anual de las sesiones de los diputados; entrad en el enorme y elegante anfiteatro, totalmente ocupado por los representantes de la patria; todo os admirará, al menos por su magnitud, pero vuestra sorpresa no tendrá límites, cuando veáis que lo primero de todo es un acto religioso; sale un sacerdote revestido de sobrepelliz, casi siempre un ministro episcopaliano, y, estando todos en pie y en respetuoso silencio, reza unas oraciones, en que pide a Dios ilumine los entendimientos de los que allí van a resolver los importantes asuntos de la nación. ¿Qué dirían a esto la mayoría de los diputados laicistas de nuestras flamantes Cortes Constituyentes?

Hubo hace pocos años un acontecimiento religioso en los Estados Unidos, cuya importancia se hizo sentir en todas las capas de aquella populosa sociedad: el Congreso Eucarístico de Chicago. Lo celebran los católicos; los gobernantes son en su gran mayoría protestantes, y algunos de sectas, que no creen en la Sagrada Eucaristía; sin embargo, el elemento oficial de la nación contribuye positivamente al acto; el alcalde de Nueva York recibe solemnemente en el Ayuntamiento al Legado Pontificio, le entrega la vara y le nombra «alcalde honorario» de la ciudad mientras permanezca en ella; el presidente de entonces, Mr. Coolidge, envía un mensaje de adhesión y admiración al Congreso, y la Compañía de Ferrocarriles dispone un tren especial, cuyos coches llevan por fuera los colores y escudos pontificios.

Salgamos ya de Nueva York, y, si fuera de noche, distinguiríamos desde la bahía una gran cruz, vivamente iluminada, y emplazada en lo más alto de uno de los rascacielos próximos al puesto para que los viajeros — a quienes se supone cristianos — vean, al llegar y al dejar a Nueva York, la enseña victoriosa de la Redención.

De Norte-América pasemos a su país ma-

dre, a Inglaterra, donde veremos un antilaicismo, aún más acentuado. En efecto, hace muy poco fallecía el Rey y Emperador de la India; al anunciar su heredero, el príncipe de Gales, la triste noticia al pueblo congregado ante el Palacio de Buckingham, dijo estas rituales palabras: «Ya que Dios, en cuyas manos están todas las cosas, se ha servido llevar a su descanso eterno a mi amadísimo padre, el Rey...» Los funerales dispuestos y encargados por el Gobierno fueron tan solemnes que su gasto total ascendió a 25.000 libras, 90.750 pesetas. El nuevo Rey hizo la profesión de fe al tomar posesión.

Las procesiones, aun con el Santísimo, hace ya varios años que salen en Londres y en toda la nación.

En los barcos ingleses siempre hay una sala reservada al culto privado de los días de labor; en los festivos, tanto la misa católica como el servicio protestante, se tiene en los grandes salones de los barcos con asistencia de la oficialidad y tripulación.

El ministro, como dicen los ingleses, es decir el sacerdote, siempre es una persona digna de todo respeto; en las oficinas públicas, como correos, telégrafos, etc., se le atiende antes que a los demás; en los tranvías y trenes se le ofrece el sitio y en todo se le da preferencia. Recuerdo que en Palestina y Egipto las autoridades aduaneras de Inglaterra no quisieron abrir ninguna de las numerosas maletas de los treinta y siete expedicionarios del Instituto Bíblico de Roma, entre los cuales yo me contaba; en cambio, cuando hace tres años regresé a España del Año Santo, de las doce maletas de mi grupo, la mía, sin duda por ser sacerdote, fué la única minuciosamente registrada, y al llegar al hotel de Barcelona me pospusieron abiertamente a todos en el servicio, aposento, etc., hasta que las protestas de mis caritativos compañeros hicieron que los empleados prescindieran, respecto a mí, de su marcada clerofobia.

Esos países tuvieron ya sus épocas de tendencia laicista, pero su patente fracaso les hizo comprender la equivocación y el valor social de la idea religiosa. España, estancada mentalmente hace ya varios siglos, va en una fase evolutiva nacional más atrasada y sin quererse aprovechar del ejemplo de las otras naciones se empeña insensatamente en perder buena parte de sus energías en su actual orientación laicista, pedante eufemismo de la rabiosa persecución religiosa.

la hegemonía de España en América

POR LORENZO LÓPEZ DE REGO Y GARCÍA

Dice al comienzo de sus «Reflexiones sobre las leyes de Indias», el actual presidente de la República, D. Niceto Alcalá Zamora que: «Una de las directrices más vigorosas, prontas, felices y sostenidas —en los últimos años de vida política internacional española— ha sido sentir y practicar una política americana de realidades, y por ello de ideal, en que ha bastado para recoger su fruto. *Abandonar la nostalgia de quimera y rango, soñadora de preeminencias, que no podían volver*, para que se mostrasen solidaridades de destino y unidad de pensamiento y cultura, que no se pueden extinguir».

Bien está que se señalen las solidaridades de destino y cultura que unen nuestra vida con la de las naciones de Hispanoamérica, mas desde la pequeñez de mi modesta opinión, he de rebelarme contra esa otra afirmación que significa negación absoluta de preeminencias españolas en América.

¿Qué España, pues, ha de renunciar a toda clase de predominio, de hegemonía, de rango y preeminencia en los pueblos iberoamericanos? ¿Ni de carácter espiritual siquiera?

¡Ah, no! Que no podamos soñar en conquistas bélicas, que no esperemos triunfos de armas, que no pretendamos ni nos sea factible revivir victorias de otros tiempos, es cosa muy distinta a renunciamientos de realidades y posibilidades de índole espiritual.

El alma de España, la esencia de lo español, están de manera honda y firme presentes en América, y siguen presidiendo la idiosincrasia de estos pueblos. Uno de esos factores de orden sentimental si se quiere, es la tradición, que estimula el orgullo racial. También lo es, en otro orden de cosas —más sustantivo desde luego— la Naturaleza, fenómeno de origen suficiente para justificar una hegemonía perdurable y real.

Un ilustre argentino, fervoroso hispanista —D. José León Suárez— explicaba este hecho de manera tan clara como la que sigue: «El iberismo o hispanismo es la partida de nacimiento con que los pueblos iberoamericanos se presentan en los conflictos y armonías de las razas. Los pueblos no exigen su filiación: se la da la Naturaleza. Pasa con ellos como con los individuos; cada uno tiene la maternidad que le deparó su ser; puede perfeccionarse o modificarse, pero no puede cambiar su engendramiento».

Pero por si estos y otros factores fueran de poca calidad, hay algo que actuará perennemente como exponente de nuestra influencia: el idioma. Factor este suficiente para proclamar por sí sólo nuestro derecho a un rango superior, porque «el idioma común es en este continente el efectivo factor de influencia hispánica». Y es así como, por el idioma más que por ningún otro motivo, se salva y prevalece en América el espíritu de nuestra raza.

No nos fiemos de nada ni de nadie al enjuiciar el problema de la existencia o no, de «preeminencia española en América»; seamos todo lo pesimistas que se quiera, pero no se nos olvide señalar el fenómeno de la vitalidad de nuestra lengua frente a todos los peligros —el norteamericano principalmente— y por encima de todas las contingencias históricas.

No haya temor a que desaparezca o se trastorne fundamentalmente el espíritu de los pueblos hispanoamericanos, o que lleguen éstos a pensar o sentir en galo, en chino o en sajón, pongo por ejemplo, despojándose de su psicología nativa, mientras sea el idioma español el que siga imperando.

Afirmemos, pues, de una manera clara, la posición preeminente, el rango superior de España en América.

siluetas: la religiosidad de beethoven

Por ERNESTO PRIETO



Viena. Color de Otoño en vísperas de Invierno en la vida de Beethoven. Os invito a entrevistar al Genio; hablamos a distancia, nos separa un siglo. La habitación está revuelta, como lo está la erizada cabellera azabache del hombre que de espaldas a nos-

otros se inclina sobre el teclado de marfil rubio por el uso y los años.

Suena el piano. Escuchemos... Ese hombre escribió su historia en el pentagrama y nos va a leer algunas de sus más bellas páginas. El estilo, claro y sentido, no ofrece caracteres que le distinguan: dice todo cuanto puede ser expresado por el lenguaje de los sonidos; si acaso confluyen éstos en la plenitud de un acorde, suenan a «heroísmo».

Beethoven es un heroico bajo todos los aspectos de su vida, y su obra el memorial grandioso que la refleja. Por eso su música nos suena a risa y a lamento, a clarín de guerra y a grito de victoria; pero heroísmo no bebido en nuestro ambiente.

A medida que su terrible sordera le iba arrancando de la convivencia humana, su espíritu se adentraba más en el Ideal: «Para conmover el corazón, nos dice, debe buscarse la inspiración *allá arriba*. El espíritu debe desprenderse de la materia donde el fuego divino está prisionero».

Su vida, libre de aventuras donjuanescas, trasluce a veces, sin embargo, como en la sonata Op. 31, n.º 2, su esperanza decepcionada al serle negada la mano de la condesa Guicciardi; o, al verla unida a otro, ruge su desesperación en la célebre «Appassionata». Ansiaba amar, pero como nos lo dirá él mismo: «¡Dios mío! haz que por fin lo encuentre; pero que sea un amor que me confirme en la virtud y pueda yo llamar lícitamente mío...»

Y suena el piano con acentos melancólicos, tras los poderosos combates de la pasión: es la naturaleza sentida a través del prisma de su corazón de artista. ¡Qué am-

biente tan aireado, tan franco y risueño anima su obra! Es que amaba ardentemente esa naturaleza, y, apoyado en ella, sólo ansiaba una cosa: Subir, superarse, adentrarse por su arte en el Creador: «En los campos, decía, parece que cada árbol me grita: Santo, Santo, Santo!».

Y he aquí como, sin pensarlo, nos hemos detenido en la página más hermosa y también más... inédita de la vida de Beethoven: la de su religiosidad.

Aquella enérgica cabeza, de frente estrecha y abollada; de mirada profunda, dominante y ardientísima; de poderosas mandíbulas, que «parecían hechas para cascar nueces»; se suavizaba y humillaba delante del Dios a quien «había servido desde la niñez»; que mandaba «amarse los unos a los otros» y «perdonar las injurias»; de ahí que «si fué siempre mi enemigo, esta era precisamente razón para que yo le hiciera todo el bien posible»; por eso quiere dirigir a su sobrinito Carlos, del que cuida como un padre, «sola y únicamente por el camino de la virtud que es el camino verdadero»; y reza con él las oraciones de la mañana y de la noche; y le enseña el Catecismo, porque «solamente a base de catecismo es posible educar y elevar a un hombre». Y quiere que su música religiosa, «salida del corazón, vaya derecha al corazón»; y trabaja en verdadero éxtasis de arte su «Misa en Re», una de las más estupendas obras que se han escrito y en cuya composición se animaba así: «Adelante, haz una vez más el sacrificio de todas las pequeñas necesidades a la gloria de tu arte. Dios ante todo». En fin, como «ha cumplido sus deberes» y «espera que Dios escuchará su oración y le librerá de estas miserias», cuando ve acercarse la muerte, la recibe con serenidad; llama el mismo a un sacerdote, y, después de estrechar contra su pecho al Compañero de viaje, escribe confiadamente en el libro de su vida aquella exclamación anotado por él en la última página de su «Misa en Re»: «Perdona al pecador...»

El piano ha enmudecido. Flotan aún en el ambiente los serenos acordes del «dona nobis pacem». En los ojos transfigurados del Genio refulece la luz radiante de la Belleza Suprema que él sintió y amó tan divinamente. Digamos con Bellaigüe que en el pedestal de la estatua de Beethoven se podría esculpir: «Al más grande de los músicos. A uno de los más grandes hombres del mundo...»

todo viejo y siempre nuevo

POR FEDERICO TERRER DE LA RIVA

Por encima del bárbaro anarquismo
levantemos la Cruz del Cristianismo,
la enseña de la Santa Redención,
la que en sangre de mártires se baña...
Y abrazada a la Cruz refulja España
y sobre España... ¡Dios!

Tiene razón Blanco Belmonte. España y sobre España Dios. Ello es consecuencia lógica de la historia patria. España no fué sólo hecha a golpes de mandoble. Cuando los españoles peleaban en la Reconquista, luchaban por algo más que por la conquista de unos palmos de tierra; ese algo era un ideal sublime, una fe que constituía el principio informador de su actuación: propagar los principios del Cristianismo.

Y así, una vez reconquistado nuestro territorio, nos lanzamos a otros continentes llevando al lado del conquistador de territorios al conquistador de las almas: el capitán y el misionero. Es que ya en aquella época era del dominio vulgar la doctrina que años más tarde había de exponer en el Concilio de Trento, en un discurso sobre la Justificación el P. Diego de Lainez.

Y en el gobierno de la nación, todos los problemas que en cualquier momento se presentaban al gobernante, eran resueltos generalmente por el teólogo, a quien la ciencia de Dios daba soluciones para resolver las dificultades cotidianas y, fué precisamente en esta época, cuando en el Concilio de Trento — que en frase de Menéndez y Pelayo, fué tan español como ecuménico — se mostró la unidad moral del género humano. ¡Bien pudo decirse en aquella época que todo español era un teólogo! Porque a todos los españoles afectaba el mismo pensamiento: misionar. Misión fundada en que a todos los hombres se les da — próxima o remota — la gracia necesaria para su salvación. Es decir, que la misión fué la que nos lanzó al imperio y el imperio fué, por tanto, la consecuencia de la labor misionera.

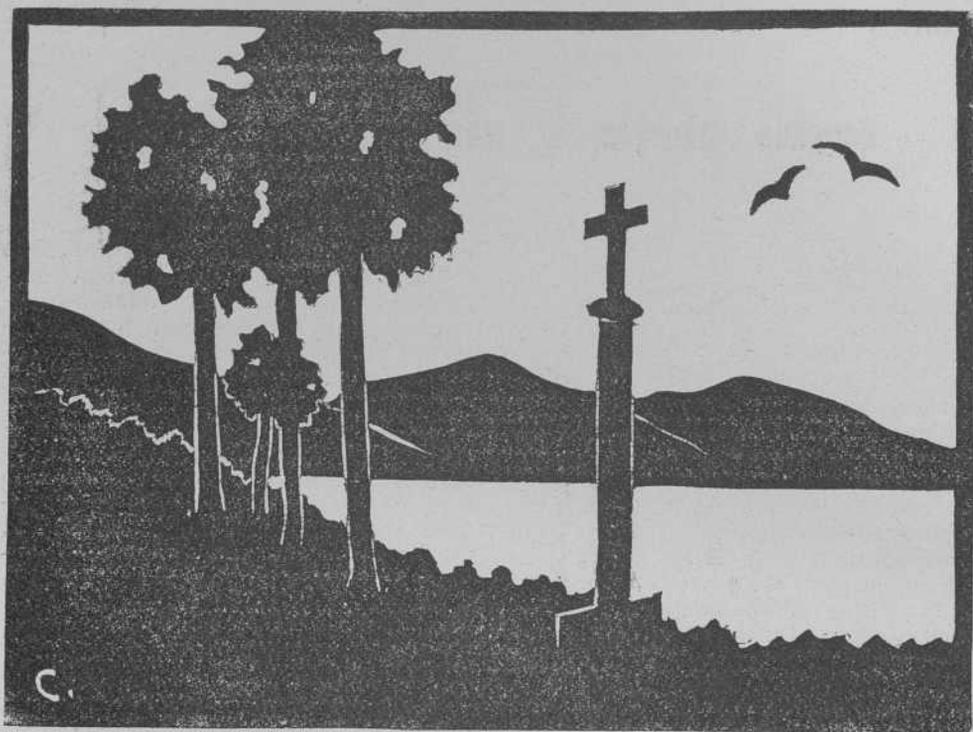
Hay que tener presente que aquella manera de pensar, no fué fruto de un momento determinado, sino consecuencia de un largo proceso basado fundamental-

mente en la Teología, y así Francisco de Vitoria, Domingo Soto, Melchor Cano, Domingo Báñez, Luis de Molina y Francisco Suárez, entre otros, tienen sus naturales continuadores en Quevedo, Saavedra Fajardo, Jovellanos, Javier de Burgos, Donoso, Balmes...

Pero al conjuro de una labor derrotista, de leyenda y sobre todo de debilitación del espíritu cristiano, que comenzó — es preciso señalarlo — en las clases elevadas de la sociedad, caímos en un frío escepticismo que nos hizo olvidar, siquiera fuera de momento, los principios que iluminaron las páginas de nuestra historia, una fe, en la Religión y una misión, en la Hispanidad.

Hoy, pese a quien pese, estamos de vuelta; es precisamente en la juventud, donde más se nota la reacción (aunque en nuestro parecer lo es más por instinto que por estudio). Es preciso no abandonarla sino acentuarla por medio de una formación inspirada en los cauces tradicionales, no sólo — según expresa certeramente Peman — para iluminar sus mentes, sino para robustecer sus conductas. Para ello no deben los jóvenes dejarse deslumbrar por el espejuelo de la política que, dicho sea de paso, no es el medio normal para la resolución de un problema como el que aquí tratamos. Lo decía con frase certera el eminente Balmes: no es la política la que ha de salvar a la religión, sino que la religión ha de moralizar y salvar la política ya «que el arte de gobernar no es más que la razón y la moral aplicadas al gobierno de las naciones» (Criterio, § XXXII, cap. XXII), y si la sociedad o el mismo individuo intentan olvidar los eternos principios de la moral por el aliciente del interés, tarde o temprano se pierden en sus propias combinaciones.

Si queremos ver una España que no desdiga de la del siglo XVI, estudiemos Historia de España y estudiemos Historia, Moral y Doctrinas de la Iglesia, que era todo lo que los españoles sabían y conocían, cuando tenían una fe y realizaban una misión en la Historia.



el elogio de los zuecos

Por J. ANTONIO OCHAÏTA

...Viejos zuecos campesinos,
viejos zuecos aldeanos
que sonais por los caminos
florecidos de nogales y aromados de manzanos,
con un dulce y suave dejo
de purísima humildad,
que en el pecho triste y viejo
deja un halo misterioso de romántica saudad.
¡Pobres zuecos campesinos...!
¡Viejos zuecos aldeanos
soñolientos...!

...En los ojos ya cansinos
evocais las infantiles
figuritas que poblaron los lejanos nacimientos.

Cuando el sol se va ocultando desangrado en las colinas
y en los cielos encendidos las oscuras golondrinas
trazan signos gigantescos como letras de misal,
¡qué caricia más intensa van grabando vuestros ecos,
viejos zuecos,
en el libro de mi alma como un códice ancestral!

Sois vosotros los hermanos de Galicia la ferviente,
la que siente
en el alma estremecida la caricia de un afán;
la que riega los sembrados con el agua de su frente
y del oro de la espiga que se mece blandamente
saca un copo de blancura que al ocaso se hace pan.

Sois hermanos de Galicia la del dengue de estameña
que se enjoya en el abril;
la que canta, la que reza, la que llora, la que sueña
en la gaita que solloza junto al ronco tamboril.

Sois hermanos de la aldea que se esconde en la espesura,
de la fuente que murmura,
de la voz de la campana vocinglera sobre el tul;
de las locas romerías
de los cielos y las rías
que se besan confundidas en su azul.

Sois hermanos de las mozas coloradas como pomas,
del rebaño y las palomas
del molino canturrero que el regato hace girar;
de las viejas arrugadas como místicas santifiñas
que escondidas en el gayo colorín de las basquiñas
dicen viejas brujerías a las llamas del hogar.

¡Viejos zuecos pastoriles vocingleros en las rías
cuando Otoño se arrebuja con su lánguido crespón,
y la lluvia va soltando sus collares como púas
que en las losas patinadas van urdiendo una canción!

Vuestros ecos van diciendo de clarísimas verdades
con fervores de virtud;
vuestros ecos van cantando las divinas humildades
que Jesús el Galileo predicó desde la Cruz.

Vuestros ecos son trabajo que es el eje de la vida;
os besó la mano ruda por el remo encallecida
sobre el lomo de la mar,
os besó con su chirrido la carreta llena de heno,
el mugir del buey sereno,
el cantar honrado y bueno
que en las manos de la abuela da la rueca junto al llar.

Vuestros ecos van diciendo de un cantar sublime y terso
mitad ave y mitad flor;
vuestros ecos, viejos zuecos, en la faz del universo
van tejiendo un loco verso
donde bulle una colmena y aletea un ruiseñor.

Viejos zuecos aldeanos de la gente labradora
la que siente, la que adora
su tierra sin rival
la casita honrada y limpia donde el sol todo lo invade
la parroquia candorosa con la risa de su abade
cazador y sentencioso como un Duque medieval.

¡Yo os adoro por honrados, por humildes y por buenos,
porque os ungen con su beso los trabajos y la paz,
porque suenan vuestros pasos, candenciosos y serenos,
a cantares de zagala y sonrisas de rapaz!

¡Viejos zuecos campesinos,
viejos zuecos aldeanos
que sonais por los caminos
florecidos de nogales y aromados de manzanos!

Cuando escucho vuestros ecos en la tarde que declina
mientras son las golondrinas
filigranas de azabache sobre el cielo bermellón,
¡qué caricia más intensa van grabando vuestros ecos
viejos zuecos
en el hondo santuario donde anida mi emoción!



alma de estudiante

Por EDUARDO CONDE

En la tarde del sábado, descanso y reposo en la etimología y en la realidad de la vida estudiantil, sin apuros prosaicos para mañana, sin las zozobras angustiosas de la lección mal sabida, se encontraba el estudiante en el cuarto cuadrado y pequeño de su posada pobre: La cama sin hacer, la percha con su capa pañosa, las sillas revueltas y la mesa en desorden, como las sillas, llena de papeles y libros, cuadernos, tinteros y plumas, mezclados como los pensamientos confusos que hervían y se agitaban en su cabeza.

Leía el estudiante en su libro predilecto, taciturno y triste, sentimental y soñador, allí, en la soledad de su celda, como él mismo la llamaba, donde tantas veces había forjado un mundo fantástico con sus delirios y sus ensueños, donde había pasado tantas horas tristes mientras sus compañeros reían, donde había gozado con ese goce inefable que proporciona el íntimo recogimiento y la vida escondida, callada, plácida y serena; allí se encontraba leyendo

despacio su libro, que le infundía un vago anhelo, una dulce ansiedad melancólica, que le hacía sonreír y mirar al infinito con nostalgia de pena; aquel libro que iba moldeando a su alma, si no la había moldeado ya, influyendo en sus sentimientos de una manera dulce, suave, delicada y deliciosa...

Este era el crepúsculo en el interior. Fuera el sol — no hay que olvidar que era sábado — iba marchando a occidente; y los fuertes murmullos de la calle se apagaban a medida que se extinguían sus rayos... El estudiante cerró su libro y lo abandonó en la mesa con cierta triste amargura, se dirigió al ángulo donde dormitaban su violín y su arco, sopló sobre ellos para quitarles el polvo, y las partículas diminutas flotaron en la estancia como átomos de niebla; se embozó en la raída capa, abrió en silencio la puerta y salió a la calle.

Quería gozar del crepúsculo y se fué a la alameda solitaria, donde el sol se escondía tras las montañas moradas, un poco sonrosado, ruboroso, por haberse dejado ocultar

varias veces en el día de esas espumas del mar azul del cielo que son las nubes.

El crepúsculo era tranquilo, sereno, apacible, como la vida del estudiante; sombras vagas empezaban a cubrir de misterio los rincones solitarios de los jardines, la brisa de la tarde comenzaba a acariciar las ramas, suspirando con un rumor dulcísimo entre las hojas de los árboles, y haciendo ondear la capa como bandera castiza, junto a la melancolía pensativa de Rosalía de Castro.

Mientras tanto, las estrellas, arañas que brillaban en el cielo, tejieron silenciosas, con hilos tenues, el manto oscuro de la noche, que se hizo en el invierno-primavera con margaritas siderales. Las ramas entrelazadas de los árboles formaban un tejido fantástico; al mismo tiempo, los altos pinos hilaban hebras de luna en su rueca, convirtiéndolas en lino de nubes. Todo era soledad, misterio y dulzura.

El fragor de los árboles parecía el rumor de las olas rompientes en el puerto del Relleno con impresión de infinito, y las luces del barrio de San Lorenzo semejaban las de los barcos varados en la playa, como flota pesquera que hubiese capturado luceros.

Después de esta anegación en sombras, de que él tanto gustaba, siguiendo los senderos del parque, salió el estudiante a la luz de la ciudad dormida, mística y eterna, de psicología gris, hecha de niebla y de misterio como en perpetuo alivio.

Se deslizó el estudiante como una sombra, con su figura desmayada y triste, silencioso y lento, bajo los soportales de claustro románico, abstraído en confusas imaginaciones, con la mirada vaga y perdida en el espacio, buscando algún balcón con alguien que mereciese su soñada serenata.

Las calles que atravesaba eran estrechas, oscuras, tortuosas y también, como su alma, solitarias, envueltas en sombras fantásticas que parecían espectros tenebrosos en el profundo silencio de la noche, turbado solamente por las graves pisadas del estudiante, que repetía el eco prolongándose por las bóvedas de los soportales, produciéndose rumores tímidos. Las casas, aprovechando la angostura de las calles, parecían quererse contar sus cuitas al oído, a media voz.

Vagaba el estudiante por los rincones más evocativos de la ciudad, cuando fué a dar con su capa y su violín a ese rincón olvidado en la inmensidad de la Quintana, plácido rincón lleno de sombras, de soledad y silencio misterioso; en una de aquellas ventanas vió un rayo de luz débil y suave que le pareció transparentaba en las vidrieras una ideal silueta femenina; la contempló mudo un instante, forjando en

su interior una dulce quimera, y después, deshaciendo rápido el embozo, afinó su violín melancólico; hizo vibrar las cuerdas con el arco, que exhaló un suspiro tembloroso, y comenzó a interpretar con respeto hondo y unción mística, una plegaria fervorosa, queriendo traducir palabras que no se pueden expresar ni con sonidos. Arrancó a las cuerdas notas largas y suavísimas, trémolos lánguidos; la melodía aérea, vaporosa y suave, parecía filtrarse imperceptiblemente en el espíritu delicado de aquella mujer que se enjugaba unas lágrimas con su breve pañuelo de seda. A él le temblaban de emoción los párpados, los labios y el alma.

Las notas subían a posarse, como mariposas, en el alféizar de la ventana, atraídas por la luz pálida e indecisa del interior, evaporándose luego. El punto de luz que temblaba dentro del farol artístico de la esquina, forjado en hierro, hacía más palpables las sombras. La luna iluminaba la silueta del estudiante perdida en la penumbra de los oscuros y musgosos sillares del sombrío convento... La melodía se iba espaciando con grata cadencia, escapándose a los muros que querían retenerla.

Entonces, como queriendo acompañar a aquella sinfonía divina, las campanas de la catedral, sonoras y lentas, monótonas, eternas, como sollozos prolongados, empezaron a tañer a agonía, y en el intervalo de las campanadas, vibraba el bronce con un zumbido extraño y lúgubre que estremecía al estudiante, conmovido por un enigma que le era imposible descifrar. Suspiraba el viento como un gemido en los ángulos oscuros. Poco a poco se fueron apagando los luceros, y la luz del farol de la esquina, se iba velando por la niebla que formaba un cerco de claridad fantástica y dudosa a su alrededor, hasta que se murió dulcemente. La luz de la ventana también se fué durmiendo, y el violín suspiró cesando de temblar sus cuerdas.

La calle había quedado sumida en la oscuridad más profunda. Entonces comenzó a caer en gotas menudas una lluvia de nieve deshecha, finísima y penetrante. Por los muros se deslizaban silenciosas las gotas como lágrimas sentidas y suaves. Por la frente pálida del estudiante comenzaron a resbalar frías como el sudor de la muerte, y todo lo inundaba un tinte de misterio y de tristeza indescriptible. La atmósfera húmeda y fría, helaba el alma con su soplo glacial.

La luna, aquella misma noche, también lloró en silencio, pues a la mañana siguiente aparecieron los campos cubiertos de rocío.

En Santiago de Compostela, y en el mes del estudiante.



crónica

Misa de Congregación y Comunión mensual.—Como de costumbre, siguen celebrándose estos actos, aunque no con la concurrencia que era de esperar. Sería conveniente que aquellos que se obstinan en no asistir a los actos de la Congregación se retirasen de sus filas, ya que de esa manera harían un bien a ésta y se ahorrarían el bochorno de tener que ser expulsados de ella, como ya se hizo con un buen número de socios.

Los que deseen seguir perteneciendo a ella, procuren asistir, por lo menos, a los actos que el Reglamento señala como obligatorios; y si alguna causa justificada tienen que les impida acudir, deben ponerlo en conocimiento del P. Director o de los celadores de asistencias.

Deben, además, siempre que acudan a los actos obligatorios, depositar en la bandeja que se coloca a la entrada de la Iglesia, el ticket de la asistencia. Procuren pasar a los bancos que para la Congregación se reservan en la iglesia, y si por cualquier motivo llegasen retrasados, pasen a ocuparlos, haciendo la entrada en ellos por los pasillos laterales.

La Misa de Comunión mensual correspondiente al mes de marzo se celebró el domingo, día 8, viéndose bastante concurrida. El sábado anterior, a las siete y media de la tarde, se tuvo el retiro preparatorio, dado como de costumbre por nuestro P. Director, y cuya asistencia fué muy lucida.

Sabatina.—Las nutridas Sabatinas que se venían celebrando semanas atrás, se encuentran bastante menos concurridas, y sobre todo se nota la falta de algunos jóvenes asiduos que acudían con puntualidad, ignorándose las causas de su falta. ¿Será porque los señores celadores no avisan con la debida anticipación, o porque estos muchachos, antes bastante asiduos, se olvidaron de la promesa que hicieron al dar su nombre para pertenecer a esta sección?

Como todos los primeros viernes del curso, fué numeroso el grupo de congregantes que acudieron a oír la Santa Misa y colmaron en ella.

Sección de Caridad.—Debido a la escasez de días medianamente buenos para poder trasladar a la Leprosaría de San Lázaro, en el mes de febrero nos fué completamente imposible acudir a visitar a nuestros hermanos los pobres leprosos, por los que la Congregación siente tanta simpatía, no menor a la que ellos sienten por ella.

Sección Misional.—Se recuerda a los congregantes jefes de coro, no se olviden de recoger las cuotas de los pertenecientes a sus respectivas secciones.

Catequesis.—El domingo, día 8, se celebró una reunión general de catequistas para tratar de dar un mayor impulso a esta obra de verdadera necesidad apostólica. Algunos nuevos congregantes han dado sus nombres para engrosar las filas de esta sección, pero también hay algunos que habiéndolo dado, hace tiempo no se dignan acudir los domingos por las tardes a enseñar el catecismo a los niños de los barrios de esta ciudad.

Crónica de la Academia de Oratoria.—En la última sesión declamaron brillantemente: Santomé, parte del discurso de Donoso Cortés, sobre la Biblia, y Ron, la poesía de Gabriel y Galán, «La Pedrada». El que estuvo verdaderamente magnífico en la improvisación, fué Santomé, disertando sobre el tema «El Teosofismo».

Desde ésta, y por motivos imprevistos, no se han podido celebrar más sesiones, las cuales se efectuarán desde ahora con toda regularidad y más trabajo, si cabe, por parte de sus asistentes, para recuperar lo que se pudo haber perdido durante esta interrupción.

NOTA.—Se pone en conocimiento de todos los congregantes que durante los días, sábado y domingo de pasión, lunes, martes y miércoles Santo, la Congregación organiza una tanda de Ejercicios Espirituales en retiro que tendrán lugar en la Casa de Ejercicios del Seminario de Luño. El que desee hacerlos diríjase al P. Director.

el valor espiritual del cine

POR JOAQUÍN FLORIT

No hace muchos días he tenido ocasión de presenciar la proyección de una película, cuyo título era «Los últimos días de Pompeya». Como se advierte en el comienzo, el argumento de esta película no coincide sino en líneas muy generales con el de la célebre novela, que, dicho sea en honor de la verdad, todavía no he leído, por esta despreocupación un poco suicida que tenemos los católicos hacia nuestros propios ideales. Bien merecía el desarrollo de esta última idea las cuartillas que pienso dedicar al «film» en cuestión, pero, Dios mediante, será objeto de otro artículo, sin perjuicio de que digamos alguna cosa de pasada en éste.

No estoy muy ducho en cuestiones cinematográficas y no me atrevo por tanto a hacer crítica artística, pero además no interesa a mi propósito en este momento sino otra clase de apreciaciones: aquellas que como a católicos nos interesan.

Quien conozca la novela sabe ya la época y el ambiente en que se desenvuelve; quien no la conozca sepa que se trata de una excelente visión de la Roma pagana en los momentos críticos en que comenzaba a infiltrarse lentamente por todas las capas sociales las doctrinas de Jesús. Momentos de una excepcional importancia no solamente para quien estudia el progreso de una idea, sino también para quien gusta de analizar los estados del alma, porque basta leer los escritos de los mejores ingenios latinos de esta época para ver en que estado de confusión y duda se encontraban sus espíritus. En esta película, que analizamos, hay un personaje, que trata de arrancar a un joven, a quien ha adoptado, la fe que tiene en Jesús. Pero este personaje —y esto es lo más notable— no combate las ideas de su hijo adoptivo con la firmeza con que lo hubiera hecho un romano de los mejores tiempos de la República, sino de una manera vacilante y tímida, propia de quien tiene el espíritu presa de tendencias opuestas.

Mas no es este el aspecto más interesante que encontré en «Los últimos días de Pompeya». Hay todavía algo que me

impresionó como católico mucho más. Se trata de la manera como se ha llevado a la pantalla los diversos momentos en que Cristo tiene que aparecer. Está hecho con tal respeto e incluso con tal unción que, aunque posiblemente fueron razones artísticas y no estrictamente religiosas las que llevaron al realizador de esta película a hacerlo así, yo no pude menos de darle con mi pensamiento las más expresivas gracias desde mi modesta butaca. De estos momentos hay uno que no puedo menos de reproducir aquí. A este personaje de quien antes hablamos le han vaticinado que debe llevar su hijo adoptivo a «ver el hombre más grande de Judea» y este hombre, que, como buen romano, no cree que pueda haber nada más grande que Roma, lleva a su hijo a presencia de Poncio Pilato, que, en Judea, es Roma. Mas una caída de caballo pone al hijo en trance de muerte y entonces el padre se decide a llevarlo a presencia de un «curandero» que —le dicen— anda por Judea haciendo curas prodigiosas. Al fondo, en un paisaje semidesértico, se apiña un grupo de discípulos en torno a una figura que no se ve, pero que es Jesús, y hacia este grupo se dirige el afligido padre llevando al hijo en brazos. El grupo le abre paso y, realizada la curación, se retira lentamente dejando al padre que, puesta una rodilla en tierra, abraza al hijo vuelto a la vida.

Sentirnos penetrados en un intenso amor a esta caridad de Cristo, que es Cristo mismo, en un «cine», que tantas veces es lugar de sensaciones bien opuestas, es algo que vale la pena destacar, porque, siquiera sea por una vez, ha entrado por nuestros ojos hasta nuestro corazón una ráfaga de generosidad y de pureza. Yo sé que aquella tarde salí del «cine» rebosante el alma de alegría, pero de alegría que no tiene mezcla de inquietud alguna. Y otras tardes fui al «cine» en busca de ella y salí más triste que había entrado...

Barcelona, marzo de 1936.



el origen de los gases asfixiantes

POR LINO GONZÁLEZ RUBIDO

Aunque digan y contradigan sobre este tema doctos doctores —perdón por la redundancia— el origen de los gases asfixiantes se remonta al siglo VIII d. J. C.; y las caretas contra dichos gases al XII, siendo la primera de que he hallado noticias una, a la que podemos llamar máquina productora de «Gas anti-gas asfixiante», el célebre botafumeiro de esta Catedral.

Remontémonos, ahora, en la escoba de la fantasía, a los tiempos de la Reconquista. Corría aquel mes del año 718, cuando el Rey D. Pelayo, estando asediado por los combinados ejércitos de los jefes árabes Bhen-Haká y Katha-Plá, pidió al sacerdote —luengas barbas blancas— que les leyese el porvenir; el sacerdote —blancas barbas luengas— exclamó:

—¡Oh, mi Rey! ¡No veo ni gota!...

Siendo interrumpido por un cierto capitán —rubio bigote y recortada barbita— aficionado a las greguerías, que dijo:

¡Voto a Sanes! ¿Cómo teniendo unas cataratas no ve ni gota?

No pudo continuar el capitán —recortada barbita...— porque oyóse un lejano estruendo, parecido a una comparsa carnavalesca o a un nuevo ataque moruno —lo interpretaré por lo último— que los dejó mudos y boqui... cerrados.

D. Pelayo, que no tenía preparado el grueso del ejército, abrió concurso para planes de defensa, siendo premiado con un estupendo paraguas estilo «Negus», el cierto capitán de marras, que propuso lanzar a combatir a los islámicos —que tenían bastante más de lo último— un grueso ejército de aromáticos quesos de Cebrales y también de las vegas próximas de Ario, Mohandí, Arnedo y Braña Redonda, con la sana idea de hacer morir asfixiadas a las tropas de Bhen-Haká.

Los moros y moras —que también en la pelea andaban las mujeres— vieron las «mo-

rás» para librarse de la lluvia aquella; pero a poco dieron en recoger los proyectiles para el próximo invierno entre gritos de alegría que se oían en todo el campo:

—¡¡Yuuu... paa!! ¡¡Yuuu... paa!!

El jefe moro, escamado de la prodigalidad de D. Pelayo:

—Oye tú —le decía Bhen-Haká a su ayudante— ven acá.

—Alá-Bhoy —su ayudante— contestó inmediatamente:

—Allá voy.

—¿Nos la estarán dando con queso? —decía el cabecilla árabe—.

—A mí tampoco me huele bien esto —contestaba Alá-Bhoy, con dos soberbios quesos de Ario, muy cerca de sus narices—.

El rey cristiano, al ver perdido su primer tiempo, mandó lanzar sus fuerzas de refresco, consistentes en unas docenitas de criados —esclavos árabes— portadores de unas jaulas con quesos, y de diversas bebidas.

Lanzarse los micos —perdón, nos ha quedado la «isla» en tierra— a las jaulas y empezar una desenfrenada danza con tantos por ciento de Carioca, Fox, Tango y Charleston, sólo fué visión de una instantánea de segundo.

Fuéronse a luchar el resto de la tropa de D. Pelayo, y éste clamaba enérgico, dirigiéndose a sus soldados:

—Duro con ellos, mis valientes; no dejarlos hasta que los coman los gusanos.

Se nos olvidó decir que éstos abundan por el campo de batalla, desde que fueron lanzados aquellos quesos portados por los esclavos; tantos gusanos tenían, que en el campamento cristiano hubieron de encadenarlos, pues corrían cual rápidas gacelas.

En lo más recio del combate lanzóse el famoso capitán —rubio bigote..., etc.— contra el no menos famoso jefe enemigo Katha-Plá,

enarbolando el premio a su talento y gritando —también era versado en lenguas—:

—¡¡¡El «paraplúie» para Plá!!!

Hundióle al cabecilla —que por cierto, según cuentan las crónicas, tenía un cerebro bastante desarrollado— la contera del «estilo Negus» en la anteriormente citada cabeza. Ese fué el fin heroico del valiente Katha-Plá.

Y allá, en lo alto de los picos, que rozaban cual gatos perezosos, las blancas nubes, D. Pelayo miraba, con el resto de sus tropas, dispuesto a secundar a sus soldados que gritaban —anticipándose a los «hinchas»— animando a sus compañeros, como si los moros fuesen un solo hombre: un árbitro.

—Señor —exclamó al cabo un cabo llamado Garrote, hombre de confianza de don Pelayo— me parece, si mi vista no me en-

gaña, que en vez de los gusanos comerse a los moros, son, señor, los moros los que se comen a los gusanos.

Garrote, al ver lo mal que iba la batalla, comenzó a llorar desconsoladamente; y volviendo D. Pelayo en sí de su equivocado acuerdo, al ver tan de cerca la pena de Garrote, ordenó atacar con flechas y perros gordos y algún duro, pues lo eran bastante los trozos roqueños que lanzaban las huestes cristianas.

Vencida la morisca, el cuadro era de un trágico al rojo cereza; los moros por los barrancos y las moras por los bardales. Hoy, en nuestra época, todavía se encuentran moras por los bardales, a poco que se busquen.

(De nuestro Concurso de cuentos)

Este número ha sido visado por la censura

LA MEJOR PROPAGANDA
DE NUESTRA REVISTA:

COMPRAR EN LAS CASAS
DE NUESTROS
ANUNCIANTES

RESIDENCIA DE
ESTUDIANTES

Algalia de Arriba, 11 - 3.º
SANTIAGO DE COMPOSTELA

DR. RUZA

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES DE LOS

NIÑOS

DEL INSTITUTO MUNICIPAL DE PUERICULTURA

CONSULTA: DE 4 A 6

Virgen de la Cerca, 27

Teléfono 1790

Manuel Vázquez Pérez Ultramarinos

Especialidad en Chocolates, Cafés,
Botillería y Conservas. - Géneros nacionales
y extranjeros.

PREGUNTOIRO, 14 TELÉFONO 1916

SANTIAGO

Material Eléctrico y Montaje
de Instalaciones

La Electra

CALDERERIA, 28 y 30

JULIO TOJO

CALZADOS

Calderería 43 Santiago

CARMEN CAMBÓN

MERCERIA

LANAS - MEDIAS
GUANTES - BOLSOS

Calderería, 62 SANTIAGO

LA MAS BARATA

PREGUNTOIRO, 28

Comprando en esta Casa ahorrará tiempo y dinero.

PRECIO FIJO RIGUROSO

Sanatorio Quirúrgico de San Lorenzo

DE LOS DOCTORES

FERNANDO ALSINA y ANTONIO M. DE LA RIVA

SANTIAGO DE COMPOSTELA

Teléfono número 1006

EL 0,95 DE
"La Modernista"
EL MEJOR DE GALICIA

Cardenal Payá, 5 - Santiago

Pañerías PARDO

Casa especializada en

ARTÍCULOS PARA CABALLERO
CONFECCIONES - ABRIGOS
GABARDINAS - CUEROS E IMPERMEABLES - CAMISERÍA, etc.

Preguntoiro, 20 SANTIAGO

SASTRERÍA DE
EDUARDO
FERNÁNDEZ

Gelmírez, 1 - Platerías, 4
SANTIAGO

DOMINGO
CARRO

COMERCIO DE TEJIDOS
ALFOMBRAS, TAPICERIA

Preguntoiro, 3

LA MEJOR CERVEZA ES LA
CRUZ BLANCA

PEDIDOS AL DEPOSITARIO:

Francisco Ron Mato

ALMACENES DE COLONIALES
AL POR MAYOR Y MENOR

Preguntoiro 24 - SANTIAGO

“LAS
CONFECIONES”

CALDERERIA, 45

GABANES - GABARDINAS
TRAJES - PANTALONES.

EL MAYOR SURTIDO

CASA SENRA

Unica Casa autorizada en esta plaza para vender
los acreditados Calzados SENRA.

PREGUNTOIRO, 27

GRAN TINTORERÍA
“ESPAÑA”

SIN IGUAL EN GALICIA

Casa Central: SANTIAGO
Teléfono 1023

Sucursales en toda Galicia

TOMÁS CARRO
Y CARRO

ULTRAMARINOS

Especialidad en Vinos, Embutidos,
Jamones y demás comestibles

TORAL, 6 SANTIAGO

Sanatorio de la Merced

MEDICINA -- CIRUGIA -- ESPECIALIDADES

Directores:

JOSÉ M.^a BALLESTEROS

Cirugía General
Garganta, Nariz y Oídos.

JOSÉ ROJO MOREIRA

Medicina Interna
Enfermedades de la Nutrición.

JULIO FERNANDEZ

Partos y
Enfermedades de la Mujer.

Instalado con todos los adelantos y perfeccionamientos modernos, y regido por las HH. Mercedarias de la Caridad.

CÓOPERACIÓN DE REPUTADOS ESPECIALISTAS

Hórreo 53 - Teléf. 1341
Santiago de Galicia